

Quizás algunos de nosotros hemos vivido la experiencia de una peregrinación y sabemos lo que ello exige de nuestra parte: disponibilidad, preparación, esfuerzo, sacrificio. Partir en peregrinación implica abandonar por un momento las comodidades cotidianas, para lanzarse a la aventura de lo incierto. Peregrinar invita a despojarse de lo superficial para centrarse en aquello que es fundamental. El Año de la misericordia puede ser también ese tiempo oportuno para redescubrir el llamado a hacernos peregrinos. Como un hijo que se pone en marcha al encuentro del Padre bondadoso (Lc 15,18).

¿Qué hacer? ¿Dónde ir? La *Puerta de la Misericordia* presente en nuestra zona y los lugares significativos para nuestra fe (santuarios, lugares de oración, de solidaridad, de memoria etc.) son espacios que nos invitan desde ya a ponernos en movimiento. Los primeros pasos de un camino que ha de llevarnos también al encuentro del Señor en la experiencia del perdón y en el rostro de los pobres.

“La peregrinación es un signo peculiar en el Año Santo, porque es imagen del camino que cada persona realiza en su existencia. La vida es una peregrinación y el ser humano es *viator*, un peregrino que recorre su camino hasta alcanzar la meta anhelada. También para llegar a la Puerta Santa en Roma y en cualquier otro lugar, cada uno deberá realizar, de acuerdo con las propias fuerzas, una peregrinación. Esto será un signo del hecho que también la misericordia es una meta por alcanzar y que requiere compromiso y sacrificio. La peregrinación, entonces, sea estímulo para la conversión: atravesando la Puerta Santa nos dejaremos abrazar por la misericordia de Dios y nos comprometeremos a ser misericordiosos con los demás como el Padre lo es con nosotros.”

Papa Francisco

Misericordiae Vultus (MV) n°14

(Documento de convocatoria al año de la Misericordia, 11 de abril de 2015)

Diseño y contenido: Javier Pinto Contreras. Teólogo y Bibliista.



JUBILEO DE LA MISERICORDIA

Ficha 3

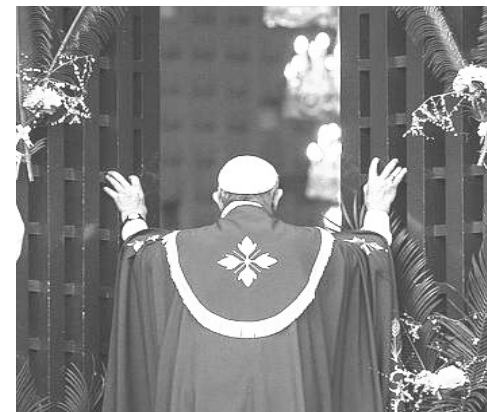
En marcha al encuentro del Dios misericordioso.

1. Introducción.

Junto a la reflexión y la palabra compartida, los gestos simbólicos constituyen un modo privilegiado para dar fuerza a aquello que queremos manifestar en este tiempo jubilar. Entre las múltiples iniciativas propuestas para este año, dos gestos nos invitan de manera especial a redescubrir el carácter dinámico de la experiencia creyente: el paso a través de la puerta santa y la peregrinación a los lugares significativos para nuestra fe. Participar de estos gestos, nos recuerda la necesidad de comprometernos activamente en la tarea de hacer presente el rostro misericordioso de Dios, en lo concreto de nuestras vidas.

2. Para entrar en calor

La apertura de la Puerta Santa fue uno de los actos que marcó el comienzo de la celebración del Año de la Misericordia. ¿Cómo se vivió este gesto en nuestra zona? ¿Cuáles son los lugares escogidos para dar continuidad a esta experiencia? ¿Cuál es el sentido que podemos descubrir en este acto simbólico?



Nuestra experiencia de vida nos permite aportar una variedad de significados a la imagen de una puerta que se abre: el comienzo de algo nuevo, un acto de acogida, una oportunidad que surge, la búsqueda de una solución, etc. Así también, en los Evangelios podemos encontrar diferentes expresiones relacionadas con la figura de la puerta que van desde las exigencias del discipulado (Mt 7,13-14), hasta ver en Jesús mismo, la puerta que conduce a la vida en plenitud (Jn 10, 7-10).

Desde antiguo, la apertura de la Puerta Santa es un gesto que forma parte de la celebración de un año jubilar. En esta ocasión, el paso a través de la llamada *Puerta de la Misericordia*, comenzado por el Papa Francisco en el corazón del continente africano y extendido a través del mundo entero, quiere ser un signo de encuentro, de conversión, de perdón y de acogida. Es el deseo del Papa de que todo aquél que pase a través de esta puerta, pueda “experimentar el amor de Dios que consuela, que perdona y que ofrece esperanza” (MV 3). La presencia de esta Puerta Santa en cada una de nuestras regiones, nos hace posible dar continuidad a este gesto, asumiendo a la vez el compromiso de ser promotores/as de reconciliación y de consuelo desde nuestra propia realidad. Sin embargo, esto exige disponibilidad y movimiento. Ponernos en marcha, como auténticos peregrinos que se lanzan a la aventura del encuentro con el rostro misericordioso de Dios. El testimonio de la Escritura puede iluminarnos y animarnos a asumir con gozo este desafío.

3. A la luz de la Biblia:

Leer: Salmo 121 (120) y Salmo 122 (121)

- a) ¿Cuáles son las experiencias y los sentimientos que se manifiestan a través de estos Salmos?
- b) ¿Cuáles son las características de Dios que se ponen de relieve en estos textos?
- c) ¿Cuáles son las frases que más nos identifican? ¿Por qué?

4. ¡Vamos al encuentro del Señor!

Estos textos hacen parte de un conjunto de salmos conocidos como los “Salmos de las subidas”, es decir, los salmos que se oraban y cantaban en las peregrinaciones anuales hacia el templo de Jerusalén. Organizados por familias o en grupos de vecinos, los habitantes de las diferentes regiones se ponían en marcha para celebrar las grandes fiestas que marcaban el encuentro con Dios, en la ciudad santa. En múltiples ocasiones Jesús y su familia se hicieron parte de esta experiencia, caracterizada por la solidaridad, el compartir, el gozo, pero también por las preocupaciones que surgían a causa de las dificultades del camino. En efecto, partir en peregrinación no era tarea fácil. Además del cansancio y los riesgos propios de una geografía accidentada, había que sumar la amenaza provocada por las bandas de asaltantes que podían poner en peligro la tranquilidad y la vida de los peregrinos. Las palabras expresadas a través de los Salmos dan testimonio de la complejidad de la experiencia, pero también de la actitud de confianza plena en el Dios que acompaña y protege.

El hecho de atravesar los caminos y quebradas, contemplando los montes y las colinas, invita a pensar en la fuerza creadora y protectora del Señor, auxilio y refugio de los afligidos. Por otro lado, junto a los sentimientos de entrega y de confianza, se manifiesta también el enorme gozo que produce la meta cumplida: la llegada a las puertas de Jerusalén. Superadas las dificultades, predomina la alegría festiva. Los sacrificios, los problemas, los miedos dan paso a la dicha del encuentro con Dios, acontecimiento que también despierta la esperanza de una nueva relación entre los hermanos: “Por la casa del Señor nuestro Dios, te deseo todo bien”.

